



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

## Grado en Relaciones Internacionales

### Trabajo Fin de Grado

# Bismarck contra Napoleón III

La partida de ajedrez que definió la Europa de  
la década de 1860

Estudiante: Sergio García Mazo

Director: José Manuel Sáenz Rotko

Madrid, abril de 2024

CONSIDERACIONES PRELIMINARES ..... 3

CAPÍTULO I: UN MUNDO CAMBIANTE .....	4
- 1.1 El Sistema Metternich.....	4
- 1.2 Nacionalismo y Liberalismo .....	5
CAPÍTULO II: NAPOLEÓN III, DE PRINCIPE A EMPERADOR .....	6
- 2.1 Nace un príncipe.....	6
- 2.2 El joven exiliado .....	6
- 2.3 A la cabeza de la dinastía.....	7
- 2.4 De presidente a Emperador .....	9
CAPÍTULO III: BISMARCK, LA CREACIÓN DE UN ESTADISTA .....	10
- 3.1 Juventud y educación .....	10
- 3.2 Inicios en la política .....	11
- 3.3 El camino hacia el poder.....	13
CAPÍTULO IV: 1850, LA DÉCADA DE NAPOLEÓN III .....	13
- 4.1 La Guerra de Crimea .....	13
- 4.2 La Unificación Italiana (1859 – 1860) .....	15
CAPÍTULO V: LA GUERRA DE 1866.....	16
- 5.1 La guerra de los ducados, 1864: la creación de un casus belli.....	16
- 5.2 Carrera hacia la guerra (1864 – 1866).....	20
- 5.3 Bismarck aísla a Austria y Napoleón III lo permite .....	21
- 5.3 Desarrollo de la Guerra .....	24
- 5.4 Königgrätz y el fin de la guerra .....	26
CAPÍTULO VI: 1870, EL CONFLICTO DECISIVO .....	29
- 6.1 El camino hacia una nueva guerra.....	29
- 6.2 El duelo final .....	32
- 6.3 Epílogo de nuestros protagonistas .....	35
CAPITULO VII: CONCLUSIONES .....	37

## CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Este trabajo busca abordar el conflicto entre Napoleón III y Otto von Bismarck durante la década de 1860 del siglo XIX combinando las vicisitudes geopolíticas con el desarrollo personal de ambos individuos y la forma en la que este influyó en la toma de sus decisiones y el devenir de sus respectivos estados. Por este motivo, comenzaremos abordando su desarrollo desde su infancia prestando una cierta atención a los grandes acontecimientos que durante sus juventudes moldearon su visión del mundo. Es por este motivo que dedicaremos los capítulos iniciales de este trabajo a relatar su formación y ascenso al poder.

Ambos personajes han sido ampliamente estudiados tanto por la historiografía como por otros autores. Ya en su época, ilustres personajes decimonónicos como Víctor Hugo o Karl Marx escribieron acerca de ellos desde distintos puntos de vista. Contamos también con sus propias tales como *Pensamientos y Recuerdos* de Bismarck la cuales junto a la correspondencia con la que contamos son una excelente fuente de información, especialmente para trabajos como este que buscan abordar sus decisiones desde un punto de vista personal pues suponen una ventana excelente a sus mentes. También contamos con las obras de allegados que jugaron un papel esencial en el desarrollo de los acontecimientos como sería el caso de la bibliografía producida por Helmuth Karl Bernhard von Moltke (*La guerre de 1870*) la cual nos aporta la necesaria perspectiva de terceros contemporáneos para completar a los personajes objeto de análisis.

El análisis de ambos personajes y los eventos de su vida se puede dividir en la innumerable biografía que se han elaborado abordando elementos personales y las obras estructuralistas que se aproximan a la cuestión entendiendo los eventos como parte de procesos y a los personajes como instrumentos de estos. Dentro de esta segunda categoría encontramos obras de diversa orientación que van desde las tradicionales aproximaciones marxistas que tienen su origen en obras como *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* de Karl Marx hasta obras enmarcadas en las nuevas corrientes de pensamiento que surgieron con el desarrollo de las relaciones internacionales como disciplina académica tales como el liberalismo o el realismo. En este trabajo hemos optado por enfatizar el aspecto individual sin por ello desatender una visión global enfocando a nuestros personajes como productores de un sistema y no como productos de este.

## CAPÍTULO I: UN MUNDO CAMBIANTE

### - 1.1 *El Sistema Metternich*

Las guerras revolucionarias francesas (1792 – 1802) y las guerras napoleónicas (1803 – 1815) supusieron una alteración sustancial del equilibrio de poder en Europa. Francia, durante la revolución, había transaccionado de la monarquía a la república y, nuevamente, de la república a la monarquía bajo una nueva dinastía, la casa Bonaparte. Este convulso periodo de guerras y revoluciones estuvo marcado por la expansión territorial de una Francia que se consagró a expandir no solamente el poder imperial de Napoleón sino también los valores de la ilustración que inspiraron primero la organización política de la República y después la del Imperio. Antiguas dinastías como la casa de Borbón fueron expulsadas de sus tronos tanto en Francia como en España y cualquier noción de un equilibrio de poder europeo se desvaneció a medida que los ejércitos franceses cruzaban frontera tras frontera derrotando a cualquiera que osase oponerse a su poder. A las viejas dinastías las sustituyeron primero las llamadas “republicas hermanas” y, posteriormente, los reinos creados por la casa Bonaparte (España, Westfalia, Holanda...). Ambos modelos buscaban replicar las instituciones de sus matrices.

No obstante, la derrota de Napoleón conllevó el fin del orden que había pasado más de una década construyendo. Entre 1814, entre bailes y desfiles, los vencedores se reunieron en Viena para construir un nuevo orden. Diplomáticos como el Charles Maurice de Talleyrand y el príncipe Klemens Von Metternich protagonizaron acaloradas negociaciones para construir un nuevo orden basado tres pilares: la creación de un equilibrio de poder que previniese futuros conflictos, la celebración de conferencias para resolver controversias y un giro conservador que restaurase la cosmovisión absolutista. La Cuádruple Alianza y la Santa Alianza fueron creadas para salvaguardar estas ideas e impedir que la Europa de las revoluciones liberales despertase de nuevo. Francia, por su parte, inicio la era de la Restauración con una monarquía borbónica renovada, encarnada por la figura de Luis XVIII (1814 – 1824), construida sobre la Carta de 1814. Dicho documento buscaba restablecer el “Antiguo Régimen” preservando algunas instituciones de la etapa anterior para alcanzar un cierto consenso (Vick, 2014).

## - *1.2 Nacionalismo y Liberalismo*

Pese a los intentos del orden restaurado por sofocar los movimientos liberales, estos continuarían teniendo una fuerza de la que dan fe las oleadas revolucionarias de 1820 y 1830. El viejo orden se defendió mediante la represión y las potencias reaccionarias organizaron grandes expediciones militares para poner fin a la revolución. Tal fue el caso cuando en 1823, un ejército francés entro en España para restaurar el absolutismo de Fernando VII, logrando en seis meses lo que Bonaparte no pudo en seis años. En Italia, los austriacos marcharon para reprimir a los revolucionarios liberales que abogan por la monarquía constitucional. No obstante, el movimiento perduró a través de sociedades secretas como los carbonarios o los francmasones (Rosenblatt, 2018).

Paralelamente se fortaleció el movimiento nacionalista que se comenzó a extender por Europa. Este es el movimiento que más importancia llegaría a tener en la vida de nuestros dos protagonistas. Si bien las raíces del nacionalismo se pueden rastrear como mínimo hasta mediados del siglo XVIII, la revolución francesa y las guerras napoleónicas tuvieron una gran influencia en el fortalecimiento de esta idea. En Francia, los revolucionarios jacobinos predicaron un amor a la patria que debía superar la lealtad a cualquier otra institución como serían la familia o la amistad. Este sentimiento nacional, construido sobre características culturales comunes y una experiencia histórica común era esencial para materializar la idea de una “soberanía nacional”. Para Francia, el enfrentamiento constante, y a menudo en solitario, contra una Europa decidida a ahogar la revolución en sangre sirvió para fortalecer el sentimiento nacionalista. Para Alemania, fue precisamente la expansión y ocupación francesas la que transformó un concepto geográfico y cultural en un sentimiento nacional (Wolloch, 2022).

Liberalismo y nacionalismo casaron tanto doctrinalmente como fácticamente. Por una parte, era necesario definir al pueblo para que este ejerciese su soberanía. Por otra parte, se veían perseguidos por reyes que temían perder su poder absoluto frente a las aspiraciones liberales y que los movimientos unificadores se llevasen por delante sus pequeños reinos. Ambos movimientos definieron las vidas de Bismarck y Napoleón III dado que ambos vivieron en una época en la que el viejo orden no terminaba de morir, pero el nuevo orden romántico marcado por las ideas del liberalismo y el nacionalismo tampoco terminaba de nacer. Como se verá en el capítulo siguiente, Napoleón III tuvo un

fuerte contacto con las ideas liberales y las sociedades que las promovía durante su juventud. Estas, influyeron en la formación de su pensamiento político; pese a sus formas autoritarias, Napoleón III se consideró siempre el justo medio a caballo entre el viejo y el nuevo mundo que llevaría a Francia al progreso. Para Bismarck, quien nunca sintió aprecio por las formas liberales el nacionalismo presentaba una oportunidad sin precedentes. La revolución de 1848, abriría finalmente las puertas del mundo a ambos hombres.

## **CAPÍTULO II: NAPOLEÓN III, DE PRINCIPE A EMPERADOR**

### **- 2.1 *Nace un príncipe***

Luis Napoleón Bonaparte nació en París en 1808. Su nacimiento fue fruto del matrimonio entre Luis Bonaparte, hermano del emperador Napoleón, y Hortensia de Beauharnais, hijastra de Napoleón. En 1808, el imperio napoleónico vivía su esplendor tras las espectaculares victorias de su tío en Austerlitz (1805), Jena (1806) y Friedland (1807) frente a austriacos, prusianos y rusos respectivamente. Austriacos y prusianos yacían derrotados y Rusia se había avenido a firmar los tratados de Tilsit en 1807 estableciendo una relación cordial con Francia. Su padre, Luis Napoleón, ostentaba en aquel entonces el trono de Holanda por la gracia de su tío. Sin embargo, todo esto cambió antes de que el futuro emperador pudiera ser realmente consciente del peso que tendría en su futuro aquello que lo rodeaba. Cuatro años después, en 1814, el Primer Imperio Francés se desplomaba ante la presión de las fuerzas de la Sexta coalición. La intervención en España (1808 – 1814) y la invasión de Rusia (1812) se habían saldado con sonoros fracasos y los viejos enemigos de Napoleón habían aprovechado la oportunidad para unir fuerzas contra él y acabar de una vez por todas con su imperio.

### **- 2.2 *El joven exiliado***

El joven príncipe paso los siguientes años entre Augsburgo y Florencia. Recibió una educación acorde a su condición, pero su familia estuvo siempre bajo la estrecha vigilancia de las autoridades austriacas que los mantenían vigilados y controlaban su correspondencia. Conforme se hizo mayor, el futuro emperador se volvió muy consciente de la importancia de su apellido y desarrolló una firme idea del papel que creía estar

destinado a desempeñar en la historia de dicho apellido. En 1828, demostró esta incipiente ambición y sed de gloria cuando trató de alistarse en el ejército ruso como voluntario para servir en la Guerra ruso-turca de 1828 – 1829. No obstante, su padre, un hombre poco afectuoso cuya aprobación el joven Luis Napoleón ansiaba, se negó a permitirlo argumentando que la guerra era un acto bárbaro al que solo debía entregarse el hombre en defensa de su patria. Sin embargo, las oportunidades se multiplicarían a partir de aquel momento pues a medida que el joven príncipe entraba en la edad adulta la Europa de los reyes y los emperadores se veía inundada de nuevo por el fervor revolucionario (Strauss-Schom, 2018).

A finales de julio de 1830, la intransigencia del rey francés Carlos X y su afán por restablecer el absolutismo llevaron al pueblo de París a lanzarse a las calles contra el monarca y su primer ministro, Jules de Polignac, en lo que constituyó un estallido revolucionario en el país como no se había visto desde los días más convulsos de la revolución. Las conocidas como ordenanzas de julio promulgadas el día 26 de aquel mes suponían la última y más obscena afrenta del monarca contra el equilibrio político establecido en Francia tras la restauración borbónica de 1814. Dichas ordenanzas disponían, entre otras cosas, suspender la libertad de prensa, reducir el número de diputados de la cámara y excluir a la burguesía en futuras elecciones. Todo ello con la finalidad de apuntalar el régimen absolutista y fortalecer la autoridad del monarca. El anciano rey se enfrentó a una oposición tan unánime que, en tan solo tres días, se vio obligado a abdicar y abandonar Francia. Su pariente, el ambicioso Luis Felipe de Orleans emergió como el gran vencedor tras presentarse como el adalid de la causa del pueblo. Consiguió ser proclamado “rey de los franceses” a la cabeza de una monarquía constitucional edificada sobre la Carta constitucional de 1830 (Bordonove, 2014).

### - *2.3 A la cabeza de la dinastía*

El joven príncipe napoleónico observó estos acontecimientos desde la distancia, pero con sumo interés comprendiendo que, con la caída del viejo régimen en su tierra natal, se presentaba la oportunidad de que su familia eventualmente regresase al poder. Pese a que ni su padre ni sus tíos compartían su entusiasmo, Luis Napoleón optó por tomar la iniciativa y ponerse al frente del bonapartismo. Durante la década de los años 30, desarrollaría su faceta de conspirador e intrigante, la cual complementaba perfectamente

su naturaleza ambiciosa y aventurera. Aunque Francia fue el foco de sus intrigas sus actividades le llevarían a América, Reino Unido e Italia. Esta última marco especialmente a Luis Napoleón pues allí se involucró intensamente con los revolucionarios italianos que, agrupados en sociedades secretas, abogaban por la unificación de Italia, la expulsión de los austriacos de la península y el establecimiento de un régimen liberal. Esta experiencia marcaría la percepción que Luis Napoleón tendría en el futuro con respecto a Italia y los italianos (Shawcross, 2023).

No obstante, fue una década marcada por los fracasos para el futuro emperador pues había subestimado la fortaleza del régimen de Luis Felipe I, pese a su creciente impopularidad. En 1836, creyó ver la oportunidad de tomar el poder frente a un régimen que se aferraba al legado imperial de Napoleón para intentar, infructuosamente, incrementar su popularidad. Su plan consistía en cruzar la frontera de la Confederación Germánica y llegar a Estrasburgo donde proclamaría públicamente sus pretensiones. Si conseguía el apoyo de la guarnición de la ciudad, compuesta por tres regimientos de infantería y dos de artillería, podría marchar a la cabeza de esta hacia Metz y Nancy. Con ello esperaba generar una reacción en cadena que se extendiese por toda Francia desde el este y le llevase al poder de la mano del ejército aclamado por las masas. No obstante, su falta de carisma ante unos hombres para los que era un completo desconocido y la escasa disposición de buena parte de la guarnición hicieron que la intentona se saldase con un rotundo fracaso. El joven príncipe se convirtió en el hazmerreír de Europa. El *Frankfurter Zeitung* publicó “Luis Napoleón es un loco, no tiene genio ni talento ni renombre”. Luis Felipe I, deseoso de restarle importancia al asunto, mostró clemencia y aceptó que Luis Napoleón partiese para América (Frerejean, 2017).

Sin embargo, Luis Napoleón, que ya se ha dado a conocer gracias a la intentona, no perderá la fe y tras años de planificación volverá a intentar tomar el poder de nuevo en 1840. El momento parece propicio, Luis Felipe continúa apelando la nostalgia del imperio napoleónico para revitalizar su reinado vinculándolos a ambos. Ese mismo año, ha conseguido permiso de los británicos para traer los restos de Napoleón desde Santa Helena y los ha inhumado fastuosamente en Los Inválidos. El plan de Luis Napoleón, que es perfectamente consciente del papel que juego el legado de su tío en la psique del pueblo francés, consiste en desembarcar en Boulogne-sur-mer, ganarse el apoyo de la guarnición y aprovechar el apoyo popular para marchar hacia París. No obstante, su escaso carisma

y nerviosismo ponen de manifiesto que el joven príncipe no es su tío. La guarnición no se deja convencer y es apresado. Luis Felipe I, cada vez más débil, lo considera ahora una amenaza y no muestra clemencia; Luis Napoleón será condenado y encarcelado (Frerejean, 2017).

#### - *2.4 De presidente a Emperador*

La prisión permitió a Luis Napoleón dedicarse a la escritura y la reflexión, pero no consiguió sofocar su carácter soñador ni su ambición. En 1846, en una acción propia de una novela de aventuras consiguió escapar disfrazado de su encierro en Ham y alcanzar las costas de Gran Bretaña donde aguardó una oportunidad que no tardaría en llegar y que le permitiría alcanzar la grandeza que tanto ansiaba: la “Primavera de los Pueblos”. En 1848, una nueva ola revolucionaria sacudió Europa comenzando por Francia. En febrero, el aumento de las tensiones en París llevó a Luis Felipe I a abdicar la corona de Francia y protagonizar su propia huida de incognito hacia Reino Unido donde se encontraba su viejo rival (Strauss-Schom, 2018). La revolución no tardó en extenderse a Italia y Alemania. En Italia, el rey Carlos Alberto I de Cerdeña intentó aprovechar la oleada revolucionaria que en Italia contribuyó al impulso por la unificación para marchar a la guerra contra Austria. En la propia Austria, los disturbios provocaron la caída del todopoderoso príncipe Metternich, canciller imperial, y, poco después, la abdicación de Fernando I; todo ello mientras en Praga y Hungría los rebeldes se hacían con el poder. En Alemania, un parlamento se reunió en Frankfort para unificar Alemania. La “primavera” no perduró para la mayor parte de Europa, las tropas rusas marcharon a reprimir la revolución en Hungría mientras las austriacas hacían lo propio en Italia y las prusianas en Alemania. No obstante, en Francia la revolución perduró.

En mayo de 1848, Luis Napoleón se fue elegido diputado por tres circunscripciones en las elecciones para la constitución de una nueva asamblea. Un fenómeno similar se repitió en cinco circunscripciones en las elecciones suplementarias de septiembre (Strauss-Schom, 2018). Una muestra de que su apellido todavía apelaba a la nostalgia de muchos en Francia. Su capacidad para atraer a las masas se confirmó con su victoria en las elecciones presidenciales de noviembre las cuales ganó con un 73,44 % de los votos. Desde el momento de su elección Napoleón dedicó sus esfuerzos a materializar la restauración imperial que devolvería a su familia el trono perdido en 1815. Luis Napoleón

se consideraba a si mismo el “juste milieu” que, al igual que su tío antes que él, encauzaría los ideales de la revolución acabando con sus excesos. De esta forma, su nuevo imperio conciliaría el orden con la libertad.

Luis Napoleón no se consideraba un tirano sino un liberal que pondría fin a las contradicciones de su tiempo uniendo a quienes temían los excesos de la revolución desbocada y a quienes temían los excesos de la reacción absolutista. Luis Napoleón se veía reflejado en su tío, el hombre que salvo a Francia y lo mejor de la revolución. En su ascenso al poder no dudaría en emular los pasos de este. Sus acciones en diciembre de 1851 dan fe de esta forma de ser y actuar; organizó un autogolpe el dos de diciembre de 1851, restableció el sufragio universal previamente derogado por la asamblea y convocó un referéndum el 21 de diciembre para concederse poderes excepcionales con los que promulgar una nueva constitución. Al apoyar los golpes de fuerza en actos de voluntad popular y presentarse como campeón del sufragio y las libertades frente a la propia asamblea, cimentaba su ascenso al poder sin convertirse en un tirano a ojos de los suyos en el proceso. El 20 de noviembre de 1852 repitió la maniobra para, mediante otro referéndum, restablecer la monarquía imperial (Frerejean, 2017). Si bien los resultados de los referéndums podían ser cuestionables, guardar las apariencias era esencial. El sueño de aquel joven revolucionario sin apoyos se había cumplido tras 37 años. La segunda experiencia republicana francesa moría (1848 – 1852) y la casa Bonaparte había recuperado su trono.

### **CAPÍTULO III: BISMARCK, LA CREACIÓN DE UN ESTADISTA**

#### **- 3.1 *Juventud y educación***

Otto von Bismarck nació en 1815 en Schoenhausen, Reino de Prusia, en el seno de una familia perteneciente a la nobleza “*Junker*”. Estos nobles eran terratenientes cuyas tierras eran cultivadas por campesinos, aunque no todos ellos eran particularmente ricos y muchos trabajaban en sus propias tierras. Bismarck mostró desde joven el carácter firme y férreo propio de la mentalidad marcial prusiana en oposición a su padre, Fernando; un hombre más dado al ocio y a las reuniones sociales que a los negocios, la agricultura o el ejército. A diferencia de Luis Napoleón, quien buscó durante su juventud el amor de un padre distante, Bismarck consideraba a su padre un hombre afectuoso y amable pero

débil. Pese a querer a su padre, en su correspondencia manifestaba sus remordimientos por ser incapaz de corresponder su afecto. En contraste con el pragmático estadista en el que se convirtió, Bismarck tenía más de su padre de lo que podría haber admitido. Despreció a sus maestros por sus métodos brutales y mantuvo un estilo de vida disoluto durante el año que pasó en la Universidad de Gotinga en 1832. Se negaba a aceptar la práctica de la fe y se definía como un liberal nacionalista. En la Universidad de Berlín, donde cursó estudios en derecho, comenzó a mostrar mayor interés por la historia, la literatura y la política. Con el paso del tiempo moderaría sus posturas y abandonaría el idealismo en favor del pragmatismo (River Editors, 2017).

Su contacto con las clases medias y su amor por la historia alemana, fuertemente nacionalizada por el legado de las guerras napoleónicas, contribuyeron al giro nacional conservador que Bismarck dio en los últimos años de su formación académica. Su matrimonio con Johanna von Puttkamer contribuiría a fortalecer este pragmatismo dado que tuvo que adaptarse a las expectativas de su rígida familia política. Bismarck aprendió que si quería materializar su visión del mundo no debía oponerse frontalmente a él sino adaptarse a él, comprenderlo y aprender a utilizar sus mecanismos a su favor. Esta actitud marca un cierto contraste con un Luis Napoleón dispuesto a arriesgar el todo por el todo por un sueño y un legado.

### - *3.2 Inicios en la política*

El 15 de octubre de 1840 Bismarck asistió junto a su padre al acto político que marcaría la década; la coronación de Federico Guillermo IV como rey de Prusia. El nuevo reino no satisfizo las expectativas de los liberales presentándose como un rey absolutista. No obstante, el rey percibió los vientos de cambio y en 1847 accedió a la convocatoria de una asamblea formada por miembros de los ocho parlamentos provinciales. Esta apertura fue la brecha por la que Bismarck pudo escalar al nivel estatal en la actividad política consiguiendo ocupar el escaño de un miembro de parlamento provincial de Sajonia que se encontraba enfermo. Es apreciable en sus discursos ante la asamblea que Bismarck había dejado cualquier perspectiva liberal atrás en favor de un fuerte nacionalismo conservador con referencias al discurso de resistencia frente al invasor francés durante el periodo napoleónico (Ulrich, 1998).

La revolución de 1848 alcanzó también a Alemania como vimos en su momento con un marcado carácter unificador. Federico Guillermo IV se manifestó dispuesto a ceder en un principio. Austria era vista como el símbolo de la reacción y muchos liberales nacionalistas miraron a Prusia con la esperanza de que su monarca abrazase la senda constitucional y asumiese la corona del proyecto de imperio liberal que propugnaba el parlamento de Frankfurt. Durante la revolución, Bismarck se destacó como un líder conservador contrario a las ambiciones de los liberales apostando por un adoptar un papel protagonista. Llegó incluso a viajar a Berlín para contactar con Augusta, esposa del rey, para proponerle sustituir al monarca por su joven hijo para salvar la reacción. Aunque esta acción sería fuente de animadversión entre ambos personajes nos da una muestra de hasta qué punto la revolución permitió a Bismarck destacarse como líder incluso entre el círculo cortesano (Ulrich, 1998).

Durante el invierno de 1848, Federico Guillermo IV, fiel a sus principios, abrazó la reacción dirigiendo sus tropas contra los revolucionarios tanto en su propio reino como a lo largo y ancho de la Confederación Germánica. Aunque aceptó una constitución, esta sería a su medida. Bismarck, manifestó una profunda alegría ante el ocaso revolucionario. La revolución reforzó su ideario conservador, pero también su nacionalismo.

El principal legado que la revolución de 1848 dejó en Bismarck fue el convencimiento de que la era de la hegemonía austriaca debía tocar a su fin para dar paso a una nueva época en la que debía ser Prusia quien liderase la unidad alemana y que la unificación no podría lograrse a través de discursos liberales en un parlamento sino mediante “la sangre y el hierro”. Bismarck no dudó en manifestarse en este sentido tanto durante su estancia en el breve parlamento de Frankfurt como durante su primer discurso como ministro - presidente (River Editors, 2017).

Derrotados los liberales cuya corona rechazaba, Federico Guillermo IV trató de poner en marcha su propio proyecto unificador en 1849: la “Unión de Erfurt”. No obstante, para entonces las fuerzas proclives a la unificación se habían desgastado y Austria se había rehecho. Además, los gobernantes no estaban dispuestos a ceder poder a Prusia. En proyecto se desvaneció en 1850.

### - 3.3 *El camino hacia el poder.*

La década de 1850 fue la década en la que Bismarck ascendió al poder convirtiéndose en una figura cada vez más influyente en los círculos cortesanos. Federico Guillermo IV, sufrió un infarto en 1857 y su hijo, el futuro Guillermo I, se convirtió en regente en 1858. Eventualmente, ascendería al trono en 1861 tomando poco después la importante decisión de confiar a Bismarck la posición de ministro – canciller. Por aquel entonces Bismarck y había forjado en su mente el proyecto al que dedicaría todos sus esfuerzos durante varias décadas. Guillermo I compartía en buena medida la visión de Bismarck sobre la sociedad y los asuntos de Alemania. No obstante, fue lo bastante sabio como dar paso al canciller. Puede que no recordemos a Guillermo I como el gran artífice de la unificación de Alemania. Sin embargo, en ocasiones, saber cuándo es conveniente no intervenir puede ser tan decisivo como actuar y en este caso lo fue. La actitud de Guillermo I permitió a Bismarck alcanzar una posición que le posibilitaría rivalizar con jefes de estado a cuyo nivel jamás hubiese podido posicionarse si la voluntad de Guillermo I hubiese sido otra.

Si un discurso define bien la evolución del pensamiento político de Bismarck durante los años 50 fue su famoso discurso del “hierro y la sangre” pronunciado en 1862, año en el cual asumió la posición de ministro – presidente. El discurso era fuertemente reaccionario y una condena al liberalismo y al parlamentarismo, así como a quienes buscaban mantener la conciliación Austria. Bismarck afirmaba que las fronteras del Congreso de Viena debían ser revisadas y se posicionaba claramente en el debate nacionalista de su tiempo. Durante el siglo XIX existieron dos tendencias con respecto a la unificación de Alemania. La idea de una “Gran Alemania” que incluyese a Austria y la idea de una “Pequeña Alemania” que encabezase Prusia. Bismarck se fue consolidando en esta segunda posición (River Editors, 2017).

## **CAPÍTULO IV: 1850, LA DÉCADA DE NAPOLEÓN III**

### - 4.1 *La Guerra de Crimea*

La década de 1850 vio el estallido del primer gran conflicto europeo desde las Guerras Napoleónicas. Si las revoluciones habían agrietado el pilar legitimista sobre el que se

asentaba el orden de bien, el equilibrio entre estados comenzaría a desmoronarse durante este periodo. Sin duda fue esta década en la que Napoleón III alcanzó su esplendor como estadista. Ya consolidado en el interior finalmente podría dedicarse a restaurar la gloria de Francia en Europa. Para Bismarck fue, sin embargo, esta la década de la consolidación de su poder en Prusia que culminaría con su nombramiento como ministro – presidente en 1862.

El primer gran evento de la década que permitiría a Napoleón III mostrar el poder de su renovada Francia llegó en 1853 con el estallido de la Guerra de Crimea. El conflicto comenzó por los deseos de Rusia de expandir su influencia hacia los estrechos de los Dardanelos y los Balcanes a costa del Imperio Otomano. Un estado sumamente debilitado por la decadencia. El zar Nicolas I buscaba, además, ser reconocido como el protector de los cristianos dentro del Imperio Otomano. Napoleón III también deseaba ese reconocimiento y ni Francia ni Reino Unido estaban dispuestos a permitir el desplome del Imperio Otomano. Para Napoleón III era la oportunidad de revertir el orden de Viena y restablecer a Francia como la principal potencia terrestre de Europa. Mientras tanto, Austria se distanció de su tradicional alianza con Rusia por temor a que el nacionalismo eslavo que Rusia promovía se extendiese a su imperio (Frary, 2020).

En consecuencia, cuando la guerra estallo Francia y Reino Unido formaron una coalición junto al Imperio Otomano y el Reino de Cerdeña para frenar a Rusia. Aunque haya pasado a nuestra historia como la “Guerra de Crimea” lo cierto es que se libró también en el Cáucaso y en los Balcanes. En 1856, Rusia fue finalmente derrotada y se celebró el Congreso de París. A Napoleón III las conclusiones de este congreso le resultaron muy satisfactorias por los siguientes motivos: preservó el *statu quo* en Oriente, se mostró como una fuerza constructiva para el orden europeo, Francia sustituyó a Rusia como la potencia militar hegemónica en la Europa continental, se introdujo la cuestión de la unidad italiana y Austria quedó diplomáticamente aislada. Estos dos últimos factores serían especialmente relevantes porque creaban un buen escenario para la maniobra que Napoleón III tenía pensado materializar contra Austria en Italia. Bismarck, embajador en aquel entonces, no dudó en reconocer la brillantez del emperador; en su informe del 26 de abril de 1856 expresó como Napoleón III podía elegir la alianza que le conviniese pues todos los gobiernos buscaban alinearse con él (Bruley, 2020).

Para Bismarck este desarrollo de los acontecimientos fue bastante conveniente porque dejaba a Austria en una posición de debilidad. Al abandonar su alineamiento con Rusia, potencia que acudió en su ayuda en 1848, Austria había traicionado la confianza de quien la tenía por firme aliada sin obtener ninguna ganancia tangible en los Balcanes. En efecto, Austria no tuvo quien la socorriese cuando llegó el choque con Napoleón III en Italia en 1859. Bismarck aconsejó a Federico Guillermo IV neutralidad en el conflicto mientras trabajaba con éxito para mantener a Austria fuera de la unión aduanera conocida como *Zollverein* (Rivers Editors, 2017). Esta maniobra era esencial porque reforzaba el liderazgo prusiano sobre Alemania. Ambos estadistas habían obtenido el resultado deseado porque Austria era su enemigo común en aquel entonces y quedaba en una posición de debilidad.

#### - 4.2 *La Unificación Italiana (1859 – 1860)*

El proceso de unificación italiano fue en muchos aspectos similar al que se vivió en Alemania en cuanto a que ambos eran territorios divididos con importantes movimientos partidarios de la unificación y en ambos casos Austria era el obstáculo principal para lograr esa unificación. Austria se aferraba a la hegemonía que había obtenido sobre Italia tras el Congreso de Viena con tanta insistencia como lo haría en Alemania. En 1849, había derrotado al Reino de Cerdeña en su primer intento de unificar Italia. Sin embargo, Austria se encontraba más aislada diplomáticamente tras los eventos de Crimea. El rey Victor Manuel II de Cerdeña y su hábil ministro, el Conde de Cavour, aspiraban a unificar Italia. Cavour consiguió en 1858 llegar a un acuerdo con Napoleón III, quien sentía simpatía por los italianos desde joven, para que Francia respaldase a Cerdeña en caso de un ataque de Austria. Francia liberaría para Cerdeña los territorios de Lombardía y Venecia y, a cambio, recibiría Saboya y Niza, dos territorios perdidos en el Congreso de Viena. Francia se aseguró mediante un acuerdo con Rusia de que esta no acudiría en ayuda de los austriacos y esta acepto gustosa. Cavour incitó a los austriacos a cometer un error de cálculo mediante una movilización; Austria atacó y Francia acudió al auxilio de Cerdeña venciendo a los austriacos (Schneid, 2012).

El resultado en esta ocasión no fue tan satisfactorio ni para Bismarck ni para Napoleón III. Napoleón III negoció el armisticio de Villafranca con los austriacos en 1859

por el cual estos entregarían Lombardía. Esto decepcionó a los italianos, pero Cavour había movido a revolucionarios como Garibaldi para que iniciasen expediciones y revoluciones que derrocasen a los gobernantes de Italia. De este modo, en el transcurso del año 1860, el Reino de Cerdeña pudo apoderarse de la Italia central y meridional sin que Napoleón III pudiese hacer nada y en contra del acuerdo alcanzado con él en 1858 (Schneid, 2012). Este desarrollo de los acontecimientos fue muy perjudicial para Napoleón III porque le obligó a desplegar tropas en Italia central para proteger la región de Roma, en manos del Papado en aquel entonces. Perdió la amistad del nuevo Reino de Italia que había emergido como la potencia dominante en Italia, pero de haber actuado de otra forma podría haber perdido el apoyo de los católicos franceses.

Bismarck se vio bastante defraudado porque percibió que se había perdido una gran oportunidad de debilitar a Austria y ganar terreno en Alemania. El regente, el príncipe Guillermo, se conformó con adoptar una posición neutral en contra de la opinión de Bismarck. Esta posición no favorecía a Austria, pero tampoco maximizaba las posibles ganancias de Prusia. Bismarck, defraudado, regresó a su exilio autoimpuesto como diplomático en San Petersburgo (Rivers Editors, 2017). Tan solo hubo un ofrecimiento de auxilio a Austria con la condición de que Prusia liderase los contingentes germanos no austriacos lo cual le habría dado una posición a Prusia que Austria no estaba dispuesta a conceder. No obstante, Prusia quedó impactada por la rápida derrota de Austria y movilizó tropas a Renania para disuadir a Napoleón III de cualquier maniobra. La derrota austriaca fue también una importante lección que dejó patente por primera vez desde las guerras napoleónicas que el ejército austriaco podía ser vencido.

## **CAPÍTULO V: LA GUERRA DE 1866**

### **- 5.1 *La guerra de los ducados, 1864: la creación de un casus belli***

En 1864, la Confederación Germánica era un territorio sobre el que cuatro grandes poderes proyectaban su poder e influencia de distintas formas. En primer lugar, Austria, líder de la Confederación Germánica y tradicional *hegemón* centroeuropeo cuya aspiración era preservar su influencia en Alemania ante la pujanza de Prusia. En segundo

lugar, Prusia, brillantemente liderada había incrementado su territorio e influencia en Alemania tras las guerras napoleónicas y aspiraba a unificarla. En tercer lugar, la Francia de Napoleón III, dominadora de Alsacia – Lorena, siempre dispuesta a hacer valer su poder al oeste del Rin y reticente a la consolidación de cualquier poder germano. En cuarto lugar, Dinamarca, cuyo monarca dominaba los ducados septentrionales de Schleswig y Holstein aspirando a integrarlos en su reino. Si la Prusia de Bismarck quería unificar Alemania, los otros tres actores debían quedar fuera de juego. A lo largo de tres guerras (1864, 1866 y 1870) Prusia derrotaría a sus tres contrincantes. La Guerra de los Ducados de 1864 sería el primero de estos tres grandes enfrentamientos por la unificación de Alemania.

Los ducados de Schleswig y Holstein constituyen una de las cuestiones más complejas de la época. El rey danés era duque de ambos territorios. Sin embargo, no formaban parte del reino de Dinamarca. De hecho, ambos ducados formaban parte de la Confederación Germánica, constituían una entidad independiente compuesta y se gobernaban de forma absolutista. En noviembre de 1863, Cristian IX ascendió al trono de Dinamarca iniciando un reinado definido por el liberalismo y el nacionalismo; las dos corrientes que definían el espíritu de su tiempo. Su primera gran decisión constituiría un grave error de cálculo por su parte; ese mismo mes impulsó un nuevo proyecto constitucional que, entre otras cuestiones, incorporaba el ducado de Schleswig al reino de Dinamarca. Este movimiento no solo era una vieja aspiración del nacionalismo danés, sino que buscaba solucionar los problemas gubernativos que acarreaba para Dinamarca la heterogeneidad de los dominios de su monarca. La maniobra constituía una violación del protocolo de Londres de 1852 que reguló el fin de la guerra de 1848 – 1849 y del Tratado de 1460 porque incorporaba uno de los ducados al reino de Dinamarca y rompía la tradicional unión entre ellos. Era la oportunidad que Bismarck había estado esperando para dejar fuera de la partida por el futuro de Alemania a Dinamarca (Buk-Swienty, 2016).

Bismarck consideró *a posteriori* su respuesta a la crisis de los ducados como su “obra maestra”. Incitó a los daneses a mover ficha en noviembre comunicando a los servicios diplomáticos daneses en Berlín que Prusia no actuaría para cambiar radicalmente de postura una vez que los daneses ya no podían dar marcha atrás asegurándose así el *casus belli* (Buk-Swienty, 2016). Bismarck demostró su proverbial inteligencia política y Cristian IX pecó de una gran ingenuidad, esta capacidad de Bismarck para incitar a sus

rivales a cometer errores de cálculo en situaciones favorables para él quedaría patente de nuevo en 1866 y 1870. El rey danés desarrolló una profunda aversión hacia Bismarck, pero nunca tuvo la oportunidad de resarcirse (Wawro, 2014).

Prusia y Austria resolvieron alcanzar un acuerdo para implementar conjuntamente el decreto de la *dieta* de la Confederación Germánica que autorizó la intervención militar. Para Prusia, este acuerdo resultaba conveniente porque Bismarck no creía que el equilibrio europeo fuese propio para una actuación prusiana en solitario. En primer lugar, Austria no lo consentiría porque suponría un incremento del poder y la influencia de Prusia en los asuntos de Alemania en un momento en el cual esto constituía su principal preocupación. En segundo lugar, no era totalmente descartable una posible intervención de Napoleón III al otro lado del Rin para sacar provecho. No podía contar con Reino Unido como factor estabilizador si intervenía en solitario porque el gobierno británico, aunque estaba interesado en la paz en Europa, no vería con buenos ojos una agresión contra el suegro del Príncipe de Gales, Cristián IX, un año después de la celebración del matrimonio. Para Austria actuar conjuntamente resultaba conveniente porque le permitía seguir teniendo protagonismo y evitaba un posible incremento del poder de Prusia si esta intervenía en solitario y vencía. Por los motivos expuestos, una intervención conjunta resultaba propicia (Hozier, 2012).

Actuar conjuntamente fue otro movimiento muy inteligente por parte de Bismarck porque ante una intervención austro-prusiana nadie intervendría para ayudar a Dinamarca. Reino Unido no se posicionaría contra Austria y Prusia si actuaban juntas. De hecho, el primer ministro británico Lord Russell, tenía la intención de mediar desde el inicio de la guerra como efectivamente terminaría sucediendo con la convocatoria de la Conferencia de Londres. Reino Unido estaba pendiente del desarrollo de la Guerra Civil Americana (1861 – 1865) porque desestabilizaba su posición en América (Embree, 2007). Por su parte, Francia no se encontraba en condiciones de intervenir porque estaba completamente inmersa en la intervención militar en México a la que Napoleón III la había arrastrado.

Al contrario de lo que sucede con Bismarck, quien midió perfectamente el equilibrio de poder europeo y la forma más apropiada de intervenir de acuerdo con este, Napoleón III sufrió las consecuencias de sus anteriores errores de cálculo los cuales le impidieron centrarse completamente en los asuntos europeos en 1864 y 1866. El error capital fue sin

duda la intervención en México (1861 – 1867) cuya finalidad era instalar un régimen monárquico afín a Francia encabezado por Maximiliano I con el apoyo de los conservadores mexicanos. De esta forma Napoleón III pretendía expandir la influencia de Francia en América en un momento que resultaba aparentemente propicio por estar EE. UU sumido en una guerra civil. Sin embargo, Napoleón III no contaba con la voluntad de resistir de los republicanos mexicanos. El conflicto comenzó a drenar los recursos económicos y militares de Francia enemistándola con EE. UU y debilitando a Napoleón ante su propia opinión pública.

El optimismo inicialmente mostrado por el emperador (completamente injustificado para cualquiera que conociese la realidad sobre el terreno) se evaporó y su imperio pronto se vio empantanado en un conflicto del que saldría finalmente derrotado en 1867 (Shawcross, 2023). Este error fue el mayor regalo que Bismarck pudo haber deseado de Napoleón III y no es casualidad que las dos jugadas que llevaron a Francia a perder la hegemonía continental europea en favor de Prusia se produjeran en 1864 y 1866 pues mientras Napoleón III tuviese un pie a cada lado del Atlántico, Bismarck podría hacer y deshacer en Europa con relativa comodidad.

Las fuerzas danesas eran superadas en número y calidad por las tropas de la coalición germana. Los daneses dependían de sus fortificaciones y del terreno para resistir. La principal línea defensiva de los daneses era la conocida como “Danewerke”, una línea defensiva ancestral desarrollada a lo largo de los siglos que podría haber comenzado a crearse en una fecha tan temprana como el siglo VII d. C. Inicialmente los daneses disfrutaron de algunos éxitos como sucedió en la batalla de Missunde. No obstante, los germanos no tardaron en hacer valer sus números y la calidad de su artillería llegando hasta el Danewerke. Una vez forzada la línea defensiva los daneses trataron de hacerse fuertes en los denominados reductos de Dybbol, un conjunto de importantes fortificaciones, donde los prusianos los sitiaron. Los prusianos hicieron valer su superior artillería ante unas formidables fortificaciones que terminarían por caer el 18 de abril. La caída de los reductos allanó el camino para la celebración de una conferencia en Londres y un acuerdo de armisticio que entró en vigor el doce de mayo (Embree, 2007). Con este golpe quedaba fuera uno de los tres contrincantes de Prusia, era el momento de avanzar hacia el siguiente: Austria.

## - 5.2 Carrera hacia la guerra (1864 – 1866)

El pistoletazo de salida de la guerra austro prusiana comenzó el 30 de octubre de 1864 con la firma del Tratado de Viena que puso fin a la Segunda Guerra de los Ducados. Con Dinamarca vencida, el decreto de la *dieta* de la Confederación Germánica contra el rey danés había sido exitosamente ejecutado. No obstante, tanto Austria como Prusia presionaron en la *dieta* con el objetivo de que sus tropas permaneciesen temporalmente en ambos territorios. De esta forma, Austria y Prusia decidirían el futuro de los ducados. No obstante, Austria comenzó a maniobrar para instalar al frente de los ducados al Duque de Augustenberg mientras que, en Prusia, tanto Bismarck como la opinión pública se inclinaban por la anexión o una sujeción muy estrecha. Este posicionamiento fue astuto porque indujo a Austria a cometer el error cálculo de exigir una compensación territorial. Fue un error porque aumentó la desconfianza de los pequeños estados alemanes ante los cuales Austria buscaba presentarse como su campeona frente al expansionismo de Prusia. Finalmente, Austria y Prusia llegaron a un acuerdo, la Convención de Gastein para repartirse la administración de los ducados de tal forma que Prusia se encargaría de Schleswig y Austria de Holstein (Hozier, 2012).

La situación, no obstante, no era sostenible. En la corte del emperador Francisco José I habían llegado a la conclusión de que para Bismarck la anexión de ambos ducados era una cuestión existencial y que la guerra podría no ser evitable. Para reforzar esta idea en su adversario, Bismarck comenzó a poner en marcha el *modus operandi* que ya vimos en 1864 y que se repetiría en 1870: provocar al adversario para inducirle a mover ficha primero y, de este modo, cometer un error. Austria comenzó a caer en la trampa; cuando Bismarck llamó a filas al landwehr (una especie de milicia nacional) de Berlín el dos de marzo de 1865, Austria movilizó seis regimientos de caballería y otros tantos de artillería. Además, tomó la decisión de trasladar tropas al Reino de Bohemia. De este modo, a ojos de la opinión pública alemana, Austria era quien se preparaba para la guerra. Una muestra inequívoca de la actitud provocativa de Bismarck y de su seguridad en su superioridad intelectual la podemos observar en la respuesta que dio a la cuestión planteada por el Conde Karolyi, embajador austriaco en Berlín, el 16 de marzo. El conde preguntó si Prusia albergaba la intención de deshacer la Convención de Gastein por la fuerza. En respuesta, Bismarck contestó que su deseo era la paz. No obstante, añadió “pero, mi

querido Conde, no pensara usted realmente que le hubiese respondido de forma diferente si buscara la guerra, ¿verdad?”. Esta es una gran muestra de la capacidad de Bismarck para desquiciar a sus rivales. Los movimientos de tropas austriacos dieron a Bismarck el pretexto perfecto para enviar una circular a los miembros de la Confederación Germánica alertando de los movimientos de Austria y preguntando si podría contar con su apoyo. Además, movilizó tropas adicionales para reforzar a sus fuerzas en Silesia (Barry, 2014).

Austria terminó de entregarle a Bismarck el *casus belli* que buscaba en abril cuando decidió reunir una asamblea para Holstein. Bismarck argumentó que esta acción suponía una ruptura de los compromisos alcanzados en la Convención de Gastein dado que iba en contra de la unidad que se había decidido preservar entre Schleswig y Holstein (Lesaffer, n.d). La unidad entre ambos territorios había sido una de las bases del *casus belli* sobre el cual se había sostenido la actuación conjunta de Austria y Prusia en la guerra contra Dinamarca dado que constituía una de las transgresiones del rey danés. De esta forma, Bismarck cuidadosamente creaba el relato para presentar al emperador austriaco como un agresor intransigente.

### - 5.3 *Bismarck aísla a Austria y Napoleón III lo permite*

Los movimientos de fuerzas de ambos bandos hacia Bohemia y Silesia daban claras indicaciones de cuál sería el escenario en el que se desarrollaría el conflicto. Planteado la escalada, Bismarck comenzó a mover ficha para asegurarse la alianza o neutralidad de los estados europeos importantes, así como el apoyo de los miembros de la Confederación.

Pese al disgusto que generaba tanto en su sociedad como en la reina Victoria, Bismarck encontró un actor receptivo en el Reino Unido dado que el gobierno británico veía con buenos ojos una eventual unificación alemana que sirviese de contrapeso a la Francia de Napoleón III y a la Rusia de Alejandro II. Francia era vista en aquel momento como la gran amenaza al equilibrio de poder europeo mientras que Rusia era considerada una amenaza contra los intereses británicos en la India y Asia Central. Además, Austria suponía un peligro para Italia, cuya causa generaba gran simpatía en Londres. En cambio, no existía un conflicto de intereses con respecto a Prusia. La única condición de Reino Unido para no intervenir era que la guerra no deviniese en un gran conflicto europeo. Durante la primavera de 1866, Reino Unido se ofreció a mediar como lo había hecho en

1864 porque beneficiaba a la imagen de Reino Unido, pero sin comprometerse a nada lo que dejaba las manos libres a las partes. El gobierno de Lord Russell comunicó a su embajador en Berlín, Lord Loftus, que era consciente de que los buenos oficios ofrecidos no serían aceptados por Bismarck, quien se limitó a presentar a Austria como la culpable (marco que llevaba dos años preparando con su estrategia de provocación). Reino Unido ofreció a Austria ceder el Veneto a Italia para desalentar a Bismarck. No obstante, para Austria no era aceptable más cuando estaba claro que Reino Unido no actuaría para garantizarle una compensación en Rumanía o Silesia. De este modo, la neutralidad de Reino Unido estaba garantizada (Bremm, 2016).

Rusia no intervendría a favor de Austria después de lo sucedido en la Guerra de Crimea (1854 – 1856). En consecuencia, la potencia continental europea en condiciones de intervenir era Francia. No obstante, Francia continuaba atrapada en México de donde Napoleón buscaba evacuar. El fin de la Guerra de Secesión (1861 – 1865) permitía a EE. UU. estar de nuevo en condiciones de hacer valer la Doctrina Monroe. El gobierno estadounidense manifestaba una gran hostilidad hacia el gobierno francés y la solidaridad con los republicanos mexicanos se traducía en el tránsito masivo de armamento a través de la frontera. El general Ulysses S. Grant no dudaba en manifestar su disposición a una intervención. Cada vez cruzaba más munición y armamento desde los Estados Unidos hacia México (Shawcross, 2023). Ante esta situación se hacía cada vez más urgente retirar las fuerzas de México. No obstante, Napoleón III todavía se encontraba inmerso en ese problema cuando la guerra estalló en Europa lo cual obstaculizó más si cabe su capacidad de maniobra. Napoleón se encontró con un pie a cada lado del Atlántico y una fuerte derrota a sus espaldas.

Los intentos de Prusia por ganarse a los estados más importantes de la confederación resultaron, no obstante, infructuosos dado que los más importantes (los reinos de Baviera, Wurtemberg, Sajonia y Hannover entre otros) se alinearon Austria. La decisión de Bismarck de promover una reforma de la Confederación Germánica el diez de junio que incluyese el sufragio universal tuvo un efecto decisivo dado que los príncipes y reyes alemanes, habitualmente reticentes a las reformas se alinearon con Austria porque implicaba la preservación de un statu quo dentro del cual se sentían cómodos. Sin embargo, esta decisión minó la posición de estos monarcas de cara a sus propias poblaciones (x). Incluso a pesar de la desventaja que suponía tener a los grandes estados

de la confederación en su contra, para Bismarck fue un éxito desde el punto de vista de que ponía los cimientos para que dichas poblaciones aceptasen con facilidad el nuevo equilibrio que surgiría del conflicto en el escenario alemán. En cualquier caso, Bismarck fue capaz de lidiar con ellos con relativa facilidad (Lesaffer, n.d).

Con respecto Napoleón III, Bismarck fue capaz de leer a su contraparte francesa abordándolo mediante reuniones personales en Biarritz aprovechando el hecho de que el Emperador gustase de tratar las cuestiones relevantes sin embajadores. Bismarck sabía que Napoleón III confiaba en un conflicto prolongado. Incluso en el caso de una victoria prusiana, Bismarck era consciente de que Napoleón III, pese a no albergar las ambiciones de su tío, siempre estaba ávido de sacar provecho de las controversias europeas. En este aspecto Bismarck supo comprender la mente del emperador y se dio cuenta de que podría alentarle si lo tanteaba con posibles compensaciones, aunque no tuviese ninguna intención de cumplir. Tan pronto como octubre de 1864, Bismarck decidió reunirse con Napoleón en Biarritz para tratar la cuestión personalmente en medio de la escalada de tensión con Austria. Bismarck le tateo con la posibilidad de apoyar una compensación en Bélgica o Luxemburgo; Napoleón III se mostró complacido. De nuevo, en octubre 1865 ambos se reunieron en Biarritz donde Bismarck volvió a tantear a Napoleón con posibles compensaciones en Italia. De este modo, consiguió inclinarlo hacia la neutralidad. Ambas reuniones dejaron la impresión en Bismarck de que Napoleón III era una “esfinge sin enigmas” y una “gran nulidad” de la que no tenía nada que temer. Estas reuniones reforzaron en Bismarck la idea de que había engañado a Napoleón comprándolo con promesas de compensaciones que el emperador jamás podría cobrar. Bismarck procedió, a continuación, a abordar la posibilidad de una alianza con Italia para bloquear a Napoleón III en una posición de neutralidad. Napoleón III se sentía cómodo porque esperaba una guerra larga le permitiese ejercer como árbitro del conflicto y se sentía confortado por las proposiciones de Bismarck (Frerejean, 2017). No obstante, había cometido un error fatal de juicio por confiar en Bismarck y un terrible error de cálculo por no ser capaz de medir la fuerza de Prusia.

Italia requiere una atención especial dado que es un participante de la guerra de 1866 y un escenario interesante para analizar la partida entre Napoleón III y Bismarck. A priori un potencial aliado de Francia, la oposición imperial a la anexión de Roma tras la Segunda Guerra de Unificación de Italia enfrió las relaciones entre ambos. Y, lo que, es más, las

ambiciones irredentistas italianas sobre territorios austriacos han empujado a Víctor Manuel II hacia Bismarck. Napoleón no supo gestionar las consecuencias del conflicto de 1859 y le dejó una Italia favorable en bandeja de plata a Bismarck tal y como vimos en el correspondiente apartado. El acercamiento entre Prusia e Italia se consumó en abril de 1866 cuando Bismarck consiguió formalizar su alianza con Italia. Si en los siguientes 90 días Prusia declaraba la guerra a Austria, Italia la acompañaría abriendo un segundo frente en el Véneto y el Tirol. De este modo las fuerzas austriacas quedarían divididas. Los gobiernos italianos llevan preparando esta guerra desde que concluyó la anterior. Podrían poner sobre el campo de batalla 200.000 soldados y contaban con la tercera mayor flota acorazada de Europa. Napoleón III trato de no quedar completamente relegado en este teatro llegando a un acuerdo con Austria de tal modo que, perdiese o ganase la guerra, esta cedería el Véneto a Francia, lo cual termino sucediendo, aunque solamente para que Francia se la transfiriendo a Italia al concluir el conflicto (Wawro, 1997). De esta forma, Napoleón III podría preservar el papel de Francia como mediador en los conflictos de Italia que Bismarck había sugerido. No obstante, esta fue una recompensa simbólica dado que el Véneto habría pasado a manos italianas, en cualquier caso.

### - *5.3 Desarrollo de la Guerra*

Militarmente Prusia era muy superior a Austria. El ejército prusiano de 1866 era muy diferente al que el tío de Napoleón III aplastó en Jena-Auerstedt en 1807. El ejército prusiano podría contar potencialmente con 600.000 soldados organizados buena parte en cuerpos de ejército tal de acuerdo con las reformas napoleónicas. En tiempos de paz estaban establecidos de tal forma que cada oficial supiese cuál sería su posición y función en caso de movilización (Hozier, 2012). No obstante, su verdadera ventaja ser derivaba de dos factores. Por un lado, la doctrina impuesta por el Jefe de Estado Mayor prusiano, Helmut Von Moltke, de acuerdo con la cual el ejército se dividiría en grupos más pequeñas para aumentar su velocidad y maniobrabilidad ahorrándoles problemas logísticos de tal forma que convergieran en el momento propicio para dar el golpe decisivo a su adversario. Mientras tanto, Austria se vio aquejada durante el conflicto por una pésima cultura de mando con la emisión de ordenes contradictorias y numerosos problemas de comunicación. Por otro lado, la superioridad tecnológica prusiana que se traducía en el empleo de fusiles de retrocarga los cuales podían disparar entre tres y cinco

veces más rápido que los fúsiles de avancarga utilizados por los austriacos la cual les daba una superior potencia de fuego mientras los austriacos se enfocaban en mejorar sus tácticas de choque. La superioridad del enfoque austriaco quedo patente durante todo el conflicto. Como ejemplo, el 27 de junio el Segundo Ejército Prusiano se enfrentó al IV Cuerpo Austriaco resultando el choque en 1.200 bajas prusianas por 5.700 austriacas (Clark, 2006).

Como vimos al abordar la escalada, el posicionamiento de fuerzas en Silesia y Bohemia era un claro indicativo de que Bohemia sería el campo de batalla entre ambas fuerzas. No obstante, los prusianos se movieron con rapidez para neutralizar a los estados alemanes que habían decidido permanecer con Austria. Las fuerzas prusianas entraron en el Reino de Sajonia en torno al 17 de junio ocupándolo con sin resistencia forzando al ejército sajón a retirarse a territorio austriaco. El 27 de junio los prusianos marcharon contra Hannover donde sufrieron una derrota táctica en la batalla de Langensalza. No obstante, la acumulación de fuerzas propició que la operación se saldase con una victoria estratégica para los prusianos que permitió la ocupación de Hannover (Bremm, 2016). Los prusianos también avanzaron rápidamente contra los bávaros tomando Nuremberg y fijándolos en la fortaleza de Würzburg. El avance prusiano contra los principales aliados alemanes de Prusia se simultaneo con sus operaciones en Bohemia.

El avance de los prusianos a través de Bohemia dejó patente la superioridad táctica y tecnológica de los prusianos. En consecuencias, las derrotas comenzaron a sucederse en las batallas de Náchod (27 de junio) y Gitschin (29 de junio) con elevadas cifras de bajas. Incluso en la batalla de Trautenau (27 de junio), en la que frenaron a los prusianos, las bajas fueron tan elevadas que impidieron cualquier explotación de la victoria. La derrota de Gitschin convenció a Benedek, Comandante en Jefe del Ejército del Norte, de retirarse de Bohemia hacia Olmutz por la ruta de Königgrätz. Durante la retirada informo al emperador Francisco José I de que solo una rápida paz podía evitar la debacle. No obstante, el emperador se negó. A pesar de ello, autorizó una retirada ordenada si era inevitable, pero preguntó si se había producido una nueva batalla. Ante esta respuesta, un desmoralizado Benedek, que interpretó la pregunta de Francisco José como una exigencia, frenó su retirada en Königgrätz el 2 de julio donde desplegó sus fuerzas para la que sería la batalla decisiva del conflicto (Rothenberg, 1999).

El escenario italiano no fue decisivo y el desempeño de Italia fue bastante pobre durante el conflicto. El rey Víctor Manuel II buscaba un “bautismo de fuego” para el nuevo reino que había proclamado en 1861. En su lugar, las tropas italianas fueron derrotadas por las austriacas en la batalla de Custoza el 24 de junio de 1866. Aunque la eventual victoria prusiana en Königgrätz selló el destino de la guerra dejando claro que Italia obtendría ganancias territoriales, Víctor Manuel II continuó presionando para obtener una victoria militar lo que resultó en la derrota de la regia marina frente a una flota austriaca inferior en la batalla de Lissa el 20 de julio de 1866. Al tiempo que esto sucedía estalló una insurrección en Sicilia que demandó el envío de 40.000 soldados para restablecer la autoridad real en la isla. Aunque Italia eventualmente recibiría Venecia, la forma en la que se había conseguido fue fuente de vergüenza para Italia (Gilmour, 2011). Por tanto, militarmente para Italia la guerra fue una experiencia amarga si bien territorialmente lucrativa. En cualquier caso, Italia nunca se caracterizó por lograr sus victorias gracias a las habilidades marciales de sus tropas sino a su maestría en la mesa de negociaciones donde supieron habitualmente a quien apoyar para poder conseguir la victoria en última instancia.

#### - *5.4 Königgrätz y el fin de la guerra*

Los fracasos iniciales de Austria llevaron a Viena a apelar a Francia para que mediase el dos de julio, un día antes de la batalla de Königgrätz. Napoleón III trató de buscar en este ofrecimiento obtener alguna compensación territorial como podría ser Maguncia ante el incremento del poder de Prusia. No obstante, Bismarck no deseaba compensar a Francia y esperaba obtener una victoria por lo que planteó que solo aceptaría un armisticio si este incluía a Italia, una condición capciosa porque esta nunca lo aceptaría. Las esperanzas francesas de una guerra prolongada que desgastase a ambas potencias germanas se desvanecieron definitivamente por completo el tres de julio en los campos de los campos de Königgrätz sobre los cadáveres de 12.000 soldados austriacos. La actitud de Francia cambió súbitamente durante los siguientes días de Julio de 1866; los periódicos parisinos exigían venganza para Austria y el gobierno francés celebró una reunión nocturna tras enterarse de la noticia para deliberar. Los ministros de Guerra y Asuntos Exteriores del emperador se mostraron partidarios de la intervención (Bremm, 2016). No obstante, Napoleón III era consciente de que ya era tarde, la situación material de Francia no había cambiado. Está continuaba padeciendo los mismos problemas que sufría cuando

Napoleón III le garantizó a Bismarck la neutralidad en Biarritz al comienzo del conflicto y solo podría movilizar 80.000 soldados a corto plazo. Estos factores llevaron a Napoleón III a decantarse por la no intervención. En consecuencia, Austria solicitó un armisticio.

El Tratado de Praga que puso fin al conflicto entre Austria y Prusia fue firmado el 23 de agosto de 1866 y reorganizó el mapa de Europa Central. Prusia se anexionó varios estados alemanes y disolvió la Confederación Germánica establecida en 1815 para sustituirla por la Confederación de 1867 (conocida como la Confederación Alemana del Norte) la cual estaría liderada por Prusia. Austria, excluida de esta nueva confederación y habiendo perdido Venecia, perdió su papel dominante en Alemania. Por su parte, Prusia, gracias a sus anexiones, era más extensa, contaba con más población y era más rica que el conjunto de los restantes estados alemanes. El sistema de 1815 en Europa Central fue definitivamente deshecho (Rivers Editors, 2018). El sueño de Bismarck se había materializado; cuatro siglos de dominación por parte de los Habsburgo de Austria sobre Alemania habían llegado a su fin y el destino de Alemania quedaría en manos de Prusia. No obstante, la obra no está completa pues el sur de Alemania no quedó englobado en la nueva confederación y Francia continuaba constituyendo un obstáculo significativo.

Para la Prusia los años siguientes al conflicto fueron años de glorias; ampliada, más rica y líder de una nueva confederación, su opinión pública se volcó favorablemente hacia Bismarck quien había demostrado que el pragmatismo era un mejor camino que el idealismo que presidió los intentos de los años 40 (Rivers Editors, 2018). No obstante, no se conformó con forjar una nueva confederación, sino que anexionó a Prusia varios estados alemanes importantes: Schleswig, Holstein, Hanover, Hessa-Kassel, Nassau y Frankfurt-am-Main. Los otros estados que Bismarck englobó en la confederación pervivieron *de facto* como extensiones de Prusia dado que controlaba sus ejércitos, su política exterior y, a efectos prácticos, su política interna. La nueva confederación que Bismarck había diseñado había sido concebida para fortalecer a Prusia (Wawro, 2005). Fortalecida por estas ganancias, Prusia se dispuso para el futuro enfrentamiento; entre 1866 y 1870, Prusia triplicó el tamaño de sus fuerzas armadas extendiendo el reclutamiento al resto de la confederación (Wawro, 1997). Los estados alemanes del sur tampoco escaparon de las consecuencias de la victoria prusiana dado que en los diversos tratados que firmaron entre agosto y septiembre se vieron obligados a entrar en una serie de alianzas secretas de acuerdo con las cuales en caso de conflicto sus fuerzas quedarían

bajo el mando de Prusia (Lesaffer, n.d). De esta forma, Bismarck preparaba el terreno para el futuro enfrentamiento con Francia que uniría a todos los estados alemanes contra el Imperio y cerraba a Napoleón III la posibilidad de influir en los asuntos del sur de Alemania.

Los intentos de Napoleón III por igualar los logros de Prusia se vieron obstaculizados por el enredo cada vez mayor que suponía la política doméstica de Francia. El Cuerpo Legislativo que había empoderado en un intento por apaciguar a los reformistas le ató las manos cuando se determinó que su proyecto de establecer el servicio militar universal a corto plazo, a semejanza del prusiano, era inconstitucional; solo el Cuerpo Legislativo podría determinar el tamaño de las fuerzas armadas (Howard, 1979). Mientras Bismarck gozaba de un poder sin igual en Prusia, Napoleón III tenía cada vez menos margen de maniobra. Napoleón se había convertido un hombre enjaulado en su propio régimen, y este régimen se estaba quedando aislado dentro de Europa. Desde su jaula, Napoleón III cada vez podía hacer menos. Bismarck era el nuevo maestro de la política doméstica y exterior y Napoleón III solo un fantasma.

Por su parte, envalentonados por su victoria y percibiendo el cambio en el equilibrio europeo, los italianos aumentaron su presión sobre Roma. Con el beneplácito, aunque sin el apoyo explícito del primer ministro italiano Rattazi, Garibaldi organizó una nueva expedición a Roma en 1867 forzando a Napoleón III a enviar tropas para proteger a una Papado a un papado borde la derrota. De este modo, aumentaba la presión sobre el emperador (Gilmour, 2011). Italia astutamente navegaría entre Francia y Prusia a lo largo de estos años aplicando una política egoísta cuyo objetivo era el fortalecimiento de su posición de cara a materializar su ambición último: unir a los todos los italianos bajo una misma bandera.

Napoleón III había pecado de ingenuo y su error tendría consecuencias devastadoras. Napoleón III se entregó durante el siguiente año a la tarea de resarcir a Francia frente a la nueva Confederación Alemana del Norte. Tras la guerra, Napoleón trato de obtener de Bismarck su beneplácito para hacerse con Maguncia y las tierras al sur de la ciudad como contraprestación por haberse mantenido al margen (compensación que ya había ante el ofrecimiento de Austria). No obstante, Bismarck sabía que Francia era el siguiente obstáculo para la unificación alemana y conocía que esta no estaba preparada para una

guerra así que se negó. Entre 1866 y 1867, Napoleón III volvió a maniobrar para imponer sus pretensiones sobre Bélgica y Luxemburgo. No obstante, a ojos de Bismarck estas acciones no eran más que maniobras desesperadas por parte de Napoleón III para reflotar la reputación de Francia. El emperador francés tan solo consiguió la retirada del contingente prusiano estacionado en Luxemburgo mediante el Segundo Tratado de Londres de 1867. Sin embargo, este fue un premio bastante pobre teniendo en cuenta que su aspiración inicial era apoderarse del Gran Ducado (Wawro, 2014).

Durante estos años los problemas comenzaron a acumularse para Napoleón III. Aunque había escapado de México, el legado de su aventurismo le perseguiría de tal modo que, en 1867, su “Gran Exhibición de París” se vio empañada por la noticia de la muerte del emperador Maximiliano I de México, quien había decidido resistir hasta el final sin el apoyo de Francia y por la cual Napoleón III se sentía culpable. Un nuevo frente se abrió en África; las bajas en la lucha contra la resistencia argelina repuntaron en 1867. Además, a la vez que su propia salud se deterioraba progresivamente, la condición de su hijo forzó dos intervenciones quirúrgicas. Napoleón III, muy cercano a su hijo el príncipe Luis, dejó parcialmente de lado los asuntos de estado. Mientras tanto, las críticas internas hacían su autoritarismo aumentaron y Napoleón III demostró estar perdiendo su magistral capacidad para gestionar la política francesa. Ante las críticas contra su autoritarismo Napoleón introdujo medidas como permitir al Senado y a la Asamblea realizar replicas y discutir su discurso anual “sobre el estado del Imperio”. Elaboró nuevas leyes para permitir huelgas y en 1868 legalizó los sindicatos. No obstante, lejos de aplacar al pueblo, estas medidas dieron nuevos altavoces en la prensa, las calles y la Asamblea a quienes se oponían a él; el sueño de un imperio liberal que encarnase el “justo medio” se desmoronaba. El Mariscal Vaillant afirmó que el emperador “dice sentirse viejo y estar terriblemente deprimido y descorazonado”. Si tenemos en cuenta su testimonio se habría planteado la posibilidad de abdicar (Strauss-Schom, 2018).

## **CAPÍTULO VI: 1870, EL CONFLICTO DECISIVO**

### **- 6.1 *El camino hacia una nueva guerra***

En 1870, un Bismarck pletórico se prepara para darle el golpe de gracia a un Napoleón III enfermo y psicológicamente hundido. El equilibrio político europeo en 1870 tampoco

era favorable para el imperio. Con respecto a la Italia, la oposición de Napoleón III a Italia en el contexto de la cuestión romana hacía imposible la cooperación entre ambos. El emperador no podía permitirse políticamente retirar a las tropas que preservaban la soberanía papal sobre Roma o se arriesgaría a perder el apoyo de los católicos franceses en su momento de mayor debilidad interna. De hecho, cuando el tres de agosto Italia se anima a ofrecer un cierto apoyo a Francia, Napoleón III responde: “preferiría ver a los prusianos en Parias, antes que a los italianos en Roma” (Kertzer, 2006). Austria había quedado seriamente debilitada por la derrota; el imperio afronta una fuerte crisis interna y Francisco José I no confía en Napoleón III. Además, Rusia se opone a la formación de un eje Franco-Austriaco. Francia trató de recomponer su relación con Rusia, negativa desde la guerra de Crimea, pero las relaciones entre ambos estados se enturbiaron todavía en 1866 a causa de la mala gestión por parte de París del atentado contra el Zar Alejandro II (Wawro, 2014).

Con respecto a Reino Unido, la situación era complicada porque los intereses de Francia se contraponían a los de esta en demasiados aspectos; Gran Bretaña se oponía a las pretensiones francesas sobre Bélgica y Luxemburgo. Los intentos de Napoleón por obtener compensaciones allí tras la guerra de 1866 solo consiguieron avivar la hostilidad de Reino Unido. La situación era tan negativa que, en 1869, cuando Francia se decidió a adquirir una línea ferroviaria en Bélgica, los británicos amenazaron con alinearse con Rusia y Prusia frente a Francia lo que obligó al emperador a dar marcha atrás. Aunque la eventual neutralidad de Reino Unido fue más benévola para Francia de lo que cabría esperar permitiendo el comercio de sus súbditos con ambos bandos (lo cual favorecía especialmente a Francia), lo cierto es que las relaciones de ambos estados vivían momentos de estridencias. En cualquier caso, Reino Unido aprovechó la situación para que tanto Prusia como Francia firmasen un documento comprometiéndose a respetar la independencia de Bélgica (Wetzel, 2012).

Con una situación europea favorable, Bismarck comenzó a maniobrar para inducir a Francia a dar el primer paso mediante sus clásicas provocaciones tal y como había hecho con Dinamarca en 1864 y con Austria en 1866. Solo tenía que encontrar una crisis que sirviese de pretexto y, en 1870, no solo llegaron una sino tres. En febrero de 1870, comenzó a sobrevolar (y así lo alentó el discurso de Guillermo I ante el Reichstag) en el ambiente de la confederación la posibilidad de que el rey aceptase el título de *Kaiser* y

uniese a los alemanes. En respuesta a esta preocupación, Napoleón III respondió: “No más violaciones, si Prusia se mueve otra vez, Francia golpeará”. En su voluntad de alentar el incendio, Bismarck comenzó a financiar un ferrocarril a través de Suiza realizando, además, discursos provocativos acerca de la importancia de los intereses prusianos en la zona. Esta decisión estaba destinada a poner nerviosos a los estadistas francés. Por un lado, Suiza era una región sensible para Francia. Por otro lado, introducía en sus mentes la posibilidad de una alianza prusiano-italiana como la que se había producido en 1866 y, para la cual, sería sumamente beneficioso este ferrocarril. De estas crisis sacamos la conclusión de que Bismarck, para frustración de Napoleón III, mantenía la iniciativa y Francia se veía obligada a reaccionar (Wawro, 2005). La situación personal de Napoleón, sin duda, no ayudaba a que Francia pudiese adelantarse. Bismarck estaba acosando y provocando a un hombre cada vez más débil mentalmente. Napoleón III tenía su atención dividida entre la crisis interna, las provocaciones de Prusia y su propio deterioro.

No obstante, la crisis más importante de todas se dio en julio de 1870 a causa de la respuesta francesa a la posible candidatura de Leopoldo de Hohenzollern al trono de España. La revolución de diciembre de 1868 había puesto fin al reinado de Isabel II y el gobierno español buscaba un nuevo rey entre los príncipes europeos que fuese elegido por las cortes democráticas y encarnase los valores de la constitución de 1869. La noticia de una posible candidatura germana empujó a Francia a amenazar con una confrontación a través del Duque de Gramont, ministro de asuntos exteriores de Napoleón III. Gramont afirmó que la candidatura era una “bofetada en la cara a Luis Napoleón” (Strauss – Schom, 2018). Finalmente, Leopoldo retiró su candidatura con el consentimiento de Guillermo I lo cual cayó como un jarro de agua fría sobre Bismarck y sobre la opinión pública alemana.

Bismarck se mostró frustrado por la decisión del rey argumentando que se había acobardado ante Francia a pesar de contar con 800.000 soldados. Bismarck, no obstante, no estaba dispuesto a permitir que la actitud del monarca le arrebataste a Prusia la iniciativa. De este modo, cuando Bismarck recibió el telegrama enviado por Guillermo I desde Ems concerniente a la situación con Francia y la renuncia de Leopoldo a la candidatura, procedió a su modificación. Lo redujo a la mitad y lo simplificó de tal forma que, sin añadir nada que no estuviese ni modificar el vocabulario de forma substancial, cambió el espíritu del documento de tal forma que pareciese que la reacción del rey había

sido romper relaciones con el embajador francés. A continuación, Bismarck procedió a publicar su versión del telegrama en el diario semi-oficial *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*. Poco, después fue enviado a las capitales europeas entre ellas, París, donde el telegrama encontró un caldo de cultivo perfecto en un contexto político beligerante a pesar de las reticencias de Gramont y Napoleón III. Francia exigió garantías de seguridad a Prusia lo cual la hizo ver como una potencia beligerante que solo buscaba un pretexto para la guerra dado que Prusia ya había renunciado a la candidatura. Esta actitud tuvo una especial importancia a la hora de alinear hacia Prusia a los estados alemanes del sur (Steeffel, 1962). Estos estados tal y como disponían los tratados secretos firmados en 1866 acudirían a la llamada contra Francia.

El telegrama nos muestra la excepcional capacidad de Bismarck para forzar un conflicto, a pesar de las circunstancias. Bismarck no estaba dispuesto a aceptar que su *casus belli* se le escapase de las manos. El telegrama estaba diseñado para ser un insulto hacia Francia y colocó a Napoleón III y a Gramont en una situación muy complicada dado que ambos habían esperada ganar la jugada diplomática sin que esta desembocase en una guerra. En consecuencia, no estaban listos para la escalada que suponía una guerra ni la deseaban realmente. Gramont había cometido un error creyendo que podría superar a Bismarck en la crisis y su fiasco comprometía en honor de Francia. No obstante, Napoleón III todavía podía impedir el estallido de la guerra si hubiese mostrado decisión. Sin embargo, para entonces Napoleón, entristecido y vapuleado, era una sombra de su antiguo ser; vacilante y dominado por su esposa, el 19 de julio le declaró la guerra a Prusia. Bismarck, exultante, comentó: “Que gran golpe de suerte fue que el gobierno francés se comprometiese a semejante locura” (Strauss – Schom, 2018). Bismarck lo había logrado; por tercera vez había provocado y desquiciado a su rival hasta el punto de hacerle dar el primer paso. Es interesante comprender que no fue solo la genialidad de Bismarck lo llevó al éxito sino la debilidad de Napoleón III quien ya no era el revolucionario enérgico del pasado sino un hombre enfermo, cansado y profundamente entristecido por su situación personal y el desarrollo de los acontecimientos.

## - **6.2 El duelo final**

Bismarck fue muy astuto en cuanto a que consiguió incitar a Napoleón III a declarar la guerra el 19 de julio para lo cual fue de especial utilidad el telegrama de Ems. No obstante

Bismarck se aseguró de que no hubiese posibilidad de negociación. Para ello publicó un borrador de tratado resultado de las conversaciones con Francia en 1866 en el cual se plasmaba la posibilidad de una compensación francesa en Bélgica. Esta filtración puso sobre aviso a los británicos acerca de las intenciones de Napoleón III e impidió que Napoleón pudiese demandarla a cambio de la paz. Tal y como dijo Bismarck a modo de reflexión el 20 de julio: “Volver atrás es ya imposible” (Wetzel, 2012). El principal ejército francés estaría comandado por el Mariscal Bazaine. No obstante, Napoleón III tomó la decisión participar personalmente en la campaña a pesar de su débil salud. Esta decisión tuvo consecuencias decisivas dado que lo dejó fuera de juego tan pronto como la debacle se haría presente.

La situación de guerra forzó a Napoleón a retirar sus tropas de Roma. El 27 de julio se anunció que las fuerzas francesas eran necesarias en otro lugar. La opinión pública italiana se manifestaba hostil a Francia dado que este estado había impedido la materialización del sueño de tomar Roma. Desde Roma a Turín las masas clamaban: “A Roma” (Kertzer, 2006). Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo con Francia o alcanzar un acuerdo pacífico con el Papado, los italianos marchan sobre Roma y el 20 de septiembre la ciudad cae en manos de los italianos. La caída de Roma, al igual que la de Maximiliano de México en 1867, es una demostración, esta vez póstuma del desplome de un imperio y de un ser humano. Ambos acontecimientos, como era de esperar, mermó su popularidad a nivel doméstico haciéndole ver como un hombre débil y desesperado cuya ambición no había estado a la altura de sus capacidades y, ahora, con su fuerzas decisivamente extendidas se veía obligado a huir con precipitación de todas partes para tratar de repeler una ataque directo al corazón de su poder.

La situación no tardó en deteriorarse cuando la maquinaria militar prusiana creada por Von Moltke comenzó a arrollar a las fuerzas francesas: el 6 de agosto las fuerzas prusianas vencieron a las francesas en Froeschwiller. Sin embargo, la debacle se produjo a mediados de agosto. El 16 de agosto, Napoleón III abandonó a Bazaine para dirigirse a Chalons; tres días después el ejército de Bazaine, el principal ejército francés en campaña quedó sitiado en Metz tras una serie de enfrentamientos desafortunados para las armas francesas. La situación en el campamento del emperador no era positiva tampoco dado que se había convertido en un caótico campo de agrupamiento de tropas enviadas en masa para contener a los alemanes. Tras este éxito, Moltke procedió a cortar las posibilidades de

retirada del emperador y lo arrinconó en Sedán. Las tropas francesas no lograron romper el cerco y pronto quedó claro que la situación estaba perdida. Los dos principales ejércitos franceses estaban sitiados. Napoleón, pálido y enfermo, ya no era un líder aclamado por las tropas sino un hombre débil y desesperanzado. El 2 de septiembre, ante los intensos bombardeos, Napoleón III rindió sus fuerzas resultando en un total de 3.000 muertos, 12.000 heridos y 21.000 prisioneros durante los combates y 83.000 prisioneros con la rendición amén de numerosos cañones (Douglas, 2014). Era el fin de un imperio; la Tercera República Francesa fue proclamada en París el 4 de septiembre en un ambiente caos y furia contra el emperador. Las acusaciones de cobardía le perseguirían hasta su muerte y queda a juicio del lector decidir si hizo lo correcto salvando la vida de sus hombres o si debió buscar una muerte heroica como le recriminaron sus contemporáneos.

Mientras el emperador se sumía en la oscuridad de la historia Bismarck prosiguió su guerra contra la nueva república, la cual se negó a tirar la toalla y prosiguió con la lucha lo cual extendió la guerra al año 1871. Durante este periodo se produjo la capitulación final del Mariscal Bazaine en Metz y París fue sometido a un sitio tras el cual la ciudad sucumbió. La debacle concluyó con la entrega de Alsacia y Lorena. No obstante, el trabajo estaba hecho esencial se había realizado en noviembre de 1870 mediante los conocidos como “Tratados de Noviembre”. En virtud de estas negociaciones y acuerdos los estados del sur de Alemania aceptaron adherirse a una nueva confederación germánica. El 17 de noviembre se adhirió mediante tratado Hesse y Baden mientras que Baviera y Wurtemberg, más reticentes, se unieron el 23 y el 25 del mismo mes respectivamente con protocolos finales y un acuerdo secreta con Baviera, la cual gozaría de una mayor autonomía durante el periodo imperial. El sur de Alemania quedaba definitivamente incorporado en el proyecto pangermánico prusiano (Kotulla, 2008).

Esta nueva confederación y su constitución entrarían en vigor el uno de enero de 1871. No obstante, el momento de la pompa y el simbolismo llegó con la proclamación del Imperio Alemán el 18 de enero de 1871 en el Salón de los Espejos de Versalles, otrora símbolo del poder de Francia. No fue solo la humillación lo que motivo a escenificar la proclamación allí; Bismarck era consciente de que proclamar el nuevo imperio en suelo alemán crearía un debate acerca de donde debía celebrarse lo cual acentuaría que estado tendría preeminencia. De este modo, proclamarlo en suelo enemigo podría unir a todos los alemanes sin reservas (Hoyer, 2022). La paz finalmente sería sellada el diez de mayo con

el Tratado de Frankfurt que venía a confirmar el llamado Tratado de Versalles que Bismarck acordó el 26 de febrero por el cual se cedía Alsacia y Lorena, entre otras disposiciones, al nuevo imperio. Finalmente, el sueño se había materializado y los alemanes estaban unidos bajo un mismo estandarte que no tardaría en proyectarse por todo el mundo con la creación de un pujante imperio colonial en África, Asia y Oceanía. Alemania, tal y como la entendemos hoy en día, traza su origen a este momento fundacional.

### - *6.3 Epílogo de nuestros protagonistas*

Luis Napoleón no tuvo mucho tiempo para lamentar su fracaso. Napoleón partió al exilio en Kent. En su travesía se reúne con su familia en Douvres donde, en una triste ironía de la historia, la familia del emperador se cruza con la de Luis Felipe, quien fuera el primer gran adversario del emperador. A pesar de su enfermedad, en el otoño de 1872 conspira de nuevo para regresar e instalar en el trono de la frágil república a su hijo en lo que constituye un retorno a sus comienzos como conspirador. El plan recuerda a sus primeras intentonas: cruzar el canal, ganar el apoyo de algunas unidades y generar un efecto en cadena. En conversaciones con su asesor Plon-Plon comenta: “Lo peor que me puede pasar es que fusilen como al pobre Maximiliano, y eso no sería peor que morir en la cama o el exilio”. No obstante, la enfermedad del emperador se agrava en diciembre de 1872 cuando sufre un repentino dolor mientras viaja para reunirse con su hijo en Woolwich. Pese al optimismo inicial de los médicos se ve obligado a someterse a dos operaciones el dos y el seis de enero. Terriblemente debilitado y ante la perspectiva de tener que enfrentar una tercera intervención fallece el nueve de enero junto a su esposa y uno de sus doctores. En su lecho de muerte sus últimas palabras, dirigidas a su médico, fueron: “No fuimos cobardes en Sedan, ¿verdad?” (Frerejean, 2017).

Mientras Napoleón moría en el ostracismo, Bismarck tomó las riendas del nuevo Imperio Alemán para convertirlo en una gran potencia dentro del equilibrio europeo. Bismarck no dejó de trabajar tras su éxito, sino que aseguró la posición del Imperio Alemán mediante la creación de los sistemas de alianzas que conocemos como los sistemas “bismarckianos” cuya función fue aislar a Francia, mantener a Rusia en buenos términos con Alemania, no representar una amenaza frente a Reino Unido y rehacer la relación con Austria – Hungría. Alemania se convirtió en un gran promotor del equilibrio europeo. A modo de

ejemplo, contamos con la Conferencia de Berlín de 1888 la cual decidió un reparto equilibrado de África y propicio que Alemania obtuviera una parte importante del territorio. De esta forma, Bismarck permaneció como el hombre fuerte del *Reich* durante los reinados de Guillermo I y Federico III. Fue con el ascenso al trono de Guillermo II en 1888 que los roces entre ambas figuras llevaron a Bismarck a abandonar la política. Tras una breve y conflictiva coexistencia entre 1888 y 1890 las diferencias entre Guillermo II y Bismarck con respecto a las leyes socialistas represivas de Bismarck se volvieron irreconciliables. En consecuencia, Bismarck presentó su solicitud de destitución. No obstante, se aferró a la política y ni siquiera descartó el uso de un golpe de fuerza para recuperar el timón. El 15 de marzo se produjo la ruptura definitiva y el 20 abandonó la Cancillería (Ulrich, 1998). Nunca abandonó del todo el debate político y falleció el 30 de julio de 1898. En última instancia la historia le dio la razón dado que el imperio que había contribuido a forjar se desplomó tan solo 20 años después de su muerte por la imprudente conducta de quien fuera su último adversario político.

Morían dos hombres. Uno que surgió del ostracismo y en él murió. Un estadista y soñador que creyó que su destino era construir un nuevo orden político para Francia. Otro, un hombre cuya carrera fue una ascendente constante, un padre de la patria cuyo legado ha sido un estado alemán unificado. Ambos hombres entraron en un rumbo de colisión que se materializó en el periodo 1864 – 1870 y que acabó con la victoria del segundo. Napoleón III fue la tercera víctima de las maniobras de Bismarck quien había jugado del mismo modo con Cristian IX y Francisco José I. Sin embargo, fue la más importante de ellas y las maniobras de Bismarck durante las guerras de 1864 y 1866 estuvieron en buena medida condicionadas por la necesidad de apaciguar a Francia hasta que esta pudiese recibir el golpe de gracia.

Napoleón, presa de sus propios errores, se vio a atado de manos en la década decisiva cuando de otra forma podría haber intervenido. Los errores del emperador en otros escenarios le penalizaron de forma sustancial en el escenario europeo. En este aspecto, Bismarck siempre tuvo claro donde debía enforcar sus recursos mientras que Napoleón III siempre tuvo un pie en cada continente y unos recursos más dispersos. Tampoco debemos ignorar la importancia de la personalidad; el Luis Napoleón de los años 60 no es el de los años 50 sino un hombre enfermo, cansado y desmoralizado.

## CAPITULO VII: CONCLUSIONES

El duelo entre Bismarck y Napoleón III es representativo de la forma en la que tanto los factores estructurales como el factor personal pueden contribuir a decidir el rumbo de la historia. Por ejemplo, podemos estudiar procesos revolucionarios y comprobar como de ellos emergen lideres autoritarios (Lenin, Mao, Cromwell) de tal forma que podemos comprender porque el primer Napoleón llegó al poder en Francia. No obstante, no podemos explicar el impacto que tuvo en la historia de la humanidad sin aludir a su genialidad como estrategia militar y a su infatigable entrega a los asuntos de Francia. Sin pretender quitar merito a las interpretaciones estructuralistas que explicarían el conflicto entre Francia y Prusia como el resultado de un determinado proceso histórico, buscamos poner en valor la importancia que tuvieron los caracteres de ambos protagonistas en el desarrollo de los acontecimientos. Desde esta posición sostenemos que la suerte del Segundo Imperio Francés no estuvo sentenciada desde su nacimiento ni tampoco la victoria de Prusia de la forma en la que se produjo. Es posible e incluso probable que, eventualmente, Alemania hubiese sido unificada aún sin la participación de nuestros protagonistas. No obstante, ambos personajes históricos contribuyeron decisivamente a moldear el resultado.

Bismarck demostró una mayor visión al largo plazo que Napoleón III, el cual se embarcó en diversas aventuras para ampliar su poder sin perseguir un objetivo a largo plazo. Bismarck tuvo claro desde el principio quienes serían sus rivales y como debía derrotarlos uno tras otro si quería ver Alemania unificada. También tuvo una idea clara acerca de cuál sería la forma del futuro estado alemán marcada por sus fuertes convicciones antiliberales y antisocialistas. Mientras Bismarck centraba sus esfuerzos en la consecución de un objetivo, Napoleón III esparcía los suyos en toda suerte de aventuras imperiales de resultado diverso motivado por una ambición desmedida e inconsciente de sus propias limitaciones. Bismarck valoró el equilibrio europeo y estudio la forma en la que podría aislar diplomáticamente a sus rivales sin empujarlos a formar un frente a su contra a la par que cuidaba de forjar alianzas y no enemistarse con actores que podrían interferir en sus planes como podrían ser Rusia o Reino Unido. Napoleón III careció de esta visión permitiendo que posibles aliados cayesen en las manos de Bismarck como sucedió con el Reino de Italia. Además, subestimo a Bismarck dejándole las manos libres hasta que fue demasiado tarde. Napoleón III tampoco tenía un proyecto claro de estado

para Francia; su “justo medio” entre el liberalismo y el autoritarismo sirvió como un cimiento frágil sobre el que construir una legitimidad y le condujo a severas contradicciones que realmente convivían dentro de su ser. De este modo, Bismarck era un conservador autoritario que toleraba el liberalismo, Napoleón III aspiraba sinceramente a transitar entre ambas aguas y esa contradicción fue una de las claves del deterioro de su política interior.

Por supuesto tampoco podemos olvidar las eventualidades que acaecieron a ambos personajes durante la época. La enfermedad de Napoleón III y el deterioro de la salud de su hijo le llevaron a adoptar una actitud pasiva en momentos clave que se reflejó en la política exterior de Francia. No hay manual que no describa al Luis Napoleón de la década de 1860 como un hombre profundamente enfermo, cansado y entristecido. Aunque podemos intuir la fuente de su tristeza en sus fracasos internacionales y problemas personales este fue un factor importante que debilitó a Francia de cara a una Prusia con un Bismarck en el apogeo de sus facultades mentales. Si algo tiene de terrible la monarquía autoritaria es que la enfermedad del monarca se transforma rápidamente en la de la nación pues no se puede depositar tanta importancia en un solo individuo y esperar que el deterioro de esa pieza clave del tablero no afecte al resto del sistema. Ambos personajes gozaban de tal gran peso en el seno de sus respectivos sistemas y sus personalidades tuvieron un efecto determinante. Mientras Napoleón III fue un líder ambicioso, enérgico y excesivamente aventurero, Francia fue una potencia orgullosa cuyos ejércitos se mostraron victoriosos en los campos África, Europa, Asia y América. Cuando Napoleón III cayó en la enfermedad y la debilidad, Francia se volvió pasiva y débil.

Bismarck se demostró un experto a la hora de comprender a sus rivales y comprendió al Napoleón III de la misma forma que había sabido leer a sus rivales previos. Esta era una cualidad de la que Napoleón III carecía. Para comprobarlo podemos contrastar las meticulosamente planeadas actuaciones de Prusia contra Dinamarca y Austria con los perniciosos efectos secundarios que generaron para Francia las aventuras de Napoleón III en Italia y México; en el primer caso dejándose engañar por Cavour y en el segundo subestimando a sus adversarios. Con este escenario planteado, no es extraño que Bismarck fuese capaz de engañar a Napoleón III en 1866 y desquiciarlo a lo largo de los cuatro años siguientes hasta que lo llevó al estado mental que quería jugando con él en

todo momento mientras el emperador seguía la senda trazada por el canciller. El resultado de este duelo debe servir de advertencia a los pueblos acerca de las oportunidades y peligros de confiar en un sistema que se asienta sobre la personalidad de un individuo pues son estos quienes al final padecen las consecuencias de los actos de los gobernantes.

## Bibliografía

Barry, Q. (2014). *The Road to Koniggratz. Helmut von Moltke and the Austro – Prussian War 1866*. Helion and Company Limited.

Bremm, K. (2016). 1866, *Bismarcks Krieg gegen die Habsburger*. Theiss.

Bruley, E. (2020). El Congreso de París. *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 47. pp.

Bordonove, G. (2014). *Les Rois qui on fait la France. Charles X: Dernier Roi de France et de Navarre*. Pygmalion.

Buk-Swienty, T. (2016). *1864. The forgotten war that shaped modern Europe*. Profile Books Ltd.

Clark, C. (2006). *Iron Kingdom. The Rise and Downfall of Prussia 1600 – 1947*. Penguin.

Douglas, F. (2014). La Batalla de Sedán. *Desperta Ferro. Historia Moderna*. N° 13. pp. 46 – 51.

Embree, M. (2007). *Bismarck's First War. The Campaign of Schleswig and Jutland 1864*. Helion and Company Limited.

Frary, L. (2022). *Moderate and Radical Liberalism. The Enlightenment Sources of Liberal Thought*. History of European Political Thought, Vol. 8. Koninklijke Brill NV.

Fray, L. (2019). La cuestión oriental y los orígenes de la Guerra de Crimea. *Desperta Ferro. Historia Moderna*. N° 38, pp. 6 – 13.

Frerejean, A. (2017). *Napoleon III*. Fayard.

Gilmour, D. (2011). *The Pursuit of Italy: A History of a Land, Its Regions, and Their Peoples*. Penguin Books.

Hoyer, K. (2022). *Blood and Iron: The Rise and Fall of the German Empire 1871 – 1918*. The History Press.

Hozier, H.M. (2012). *The Seven Weeks' War. The Austro-Prussian Conflict of 1866*. Leonaur.

Kertzer, D. (2006). *Prisoner of the Vatican: The Popes, and Garibaldi's Rebels in the Struggle to Rule Modern Italy*. Mariner Books.

Kotulla, M. (2008). *Deutsche Verfassungsgeschichte: Vom Alten Reich bis Weimar (1495–1934)*.

Rivers, C. (2018). *The Austro-Prussian War: The History and Legacy of the Conflict that Resulted in Prussian Dominance over Germany*. Charles Rivers Editors.

Rivers, C. (2017). *Otto von Bismarck. The Life and Legacy of the German Empire's First Chancellor*. Charles Rivers Editors.

Rothenberg, G. (1999). *The Army of Francis Joseph*. Purdue University Press.

Rosenblatt, H. (2018). *The Lost History of Liberalism: From Ancient Rome to the Twenty-First Century*. Princetown University Press.

Shawcross, E. (2023). *El último emperador de México. La increíble historia del archiduque de Austria que creó un imperio en el Nuevo Mundo*. Ático de los libros.

Schneid, F. (2012). *The Second War of Italian Unification 1859 – 1861*. Osprey Publishing.

Steeffel, L. (1962). *Bismarck, the Hohenzollern candidacy, and the origin of the Franco-German war of 1870*. Harvard University Press.

Strauss – Schom, A. (2018). *The Shadow Emperor: A Biography of Napoleon III*. St. Martin's Press.

Howard, M. (1979). *The Franco-Prussian War*. Granada Publishing Ltd.

Lesaffer, R. (n.d). “The War of 1866 and the Undoing of Vienna”. Oxford University Press. Recuperado el 8 de Abril de: <https://opil.ouplaw.com/page/549>

Ulrich, V. (1998). *Otto von Bismarck*. Rowohlt.

Vick, B. (2014). *The Congress of Vienna: Power and Politics after Napoleon*. Harvard University Press.

Wawro, G. (2014). La senda de la guerra. Bismarck, Napoleón III y los orígenes de la Guerra Franco-Prusiana. *Desperta Ferro. Historia Moderna. N° 13*. pp. 6 – 11.

Wawro, G. (1997). *The Austro Prussian War: Austria's War with Prussia and Italy in 1866*. Cambridge University Press.

Wawro, G. (2005). *The Franco-Prussian War. The German Conquest of France in 1870 – 1871*. Cambridge University Press.

Wetzel, D. (2012). *A Duel of Nations. Germany, France, and the diplomacy of the War of 1870 – 1871*. The University of Wisconsin Press.